

¡Vocacionalicemos la Pascua!

“La vocación nace de una fe viva, y se sostiene y activa si ésta se hace cada vez más iluminada, sentida, practicada. El apostolado es irradiación de Cristo y de la verdad, de la moral y del culto enseñados por Él: se sustancia pues la fe.” (P. Alberione, ACV, 24)



Nuestra vocación bautismal es una vocación de fe. La fe que nos hace descubrir el paso de Cristo doliente al Cristo sano y sanador; del Cristo abandonado al Cristo compañero de camino y comunidad; del Cristo golpeado por la violencia al Cristo dador de paz; del Cristo muerto al Cristo resucitado.

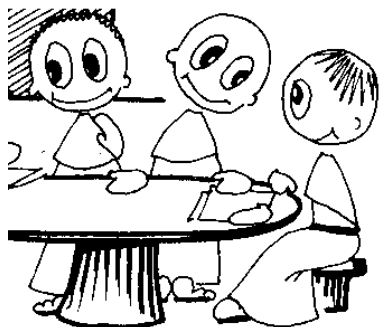
Esta vocación de fe se desarrolla y crece, se radicaliza en la vocación específica. Por lo tanto cuanto mas generosa es la respuesta a esta vocación, mayor es el grado de fe al que somos invitados a crecer, paso a paso, cotidianamente, de un ¡sí! a otro ¡sí!, siempre más concretos, más profundo y más simple.

El camino de la respuesta de fe de cada vocación, es un proceso personal y original para cada persona. Un encuentro y reencuentro constante entre Dios y el elegido, personal, dialogal, íntimo. Por eso adquiere características propias. Pensemos por ejemplo el proceso de fe en el Resucitado de aquellos que habrían de ser sus testigos.

Las mujeres que fueron al sepulcro al amanecer del tercer día, llevaban los perfumes y las hierbas necesarias para preparar un cadáver, sumergidas en su tristeza y en el desconcierto de la muerte. (Mc 16, 1-18; Mt 28, 1-10) en el contexto de una vida opacada, brilla el anuncio de vida en boca de ángeles: “no está aquí” entre los muertos El que es la Vida, El que las llama a anunciar la Vida. Sin embargo no es suficiente este llamado majestuoso, solemne, para quienes todavía necesitan caminar en la fe y crecer. El miedo y la emoción que las invadió sólo les permitieron correr y hacer silencio. Sin embargo el encuentro con el Resucitado les devolverá la paz. En el camino vocacional el llamado hace experiencia de signos y señales que le hablan al oído de su elección, muchas veces el miedo y la emoción le hacen correr en la ansiedad, y guardar en silencio lo que el corazón atesora; pero el encuentro con la Persona de Cristo, armoniza y pacifica en el discernimiento.

Los discípulos de Emaús, caminaban fastidiados y enojados por el fracaso, por la impotencia y el desaliento (Lc 24, 13-34). Enceguecidos por su experiencia dolorosa, no pudieron reconocer la Persona rebotante de triunfo y de poder, escondida en la humildad de un compañero de camino. Ellos necesitaron la Palabra que hizo arder su corazón, que iluminó su mente, que los preparó al encuentro Eucarístico y a la

“Y cuando camina sereno y fuerte en las aguas tranquilas o en las tempestades y entre los escollos, se complace el Señor, se admiran los hombres, y él se acerca seguro al puerto del cielo para recibir otro cargo grandioso y eterno. ¡Confianza y temor! “Por medio de las buenas obras aseguramos el éxito de nuestra vocación y elección” (2Pe 1, 10) (P. Alberione, ACV, 23)



misión. Cuando se les abrieron los ojos ya no necesitaron ver a Cristo, su fe se fortaleció de tal manera que decidieron emprender rápidamente el camino para anunciar la Vida y construir la comunidad que antes habían abandonado. También en el camino de algunas vocaciones, el desaliento y la impotencia ante el poder del mundo y los conflictos sociales, ante las injusticias y el desorden, generan esa ceguera que repite al corazón que “nada se puede hacer”, que es inútil lo poco que podemos entregar. Estas vocaciones necesitan la escucha de la Palabra que purifica e ilumina, que hace ver en la realidad que rodea aquello que nadie ve, ni valora, el Cristo compañero de camino que redime con cada gesto y que se oculta humilde en

el amor fraterno. Descubre que todo lo puede porque puede “ser” en el que Es, en lo cotidiano y concreto del aquí y ahora.

Tomás, el discípulo que no cree sin ver, sin tocar, sin meterse en el Resucitado, necesita pruebas concretas del éxito de su misión. Necesita ver los frutos de sus esfuerzos para darse cuenta de que tiene fe. Jesús tiene para con Él una actitud única y llena de misericordia y consuelo. Jesús se deja ver, tocar y permite a Tomás meterse dentro de sus llagas con un dedo, con una mano. Jesús se abre en sentido total y profundo a Tomás, y Tomás acepta lo que ve, lo que toca, y manifiesta con su palabra su fe, en una frase que será repetida durante siglos por los Cristianos ante la presencia Eucarística de Jesús. Tomás respondió a la medida de la gracia que recibió del Resucitado. Cuantas vocaciones pasan por esta misma prueba, cuando parece que no hay resultados positivos a los esfuerzos realizados, a las entregas en el servicio. Parece que el entusiasmo del principio decae sin remedio. La fe tan fuerte en otro tiempo ahora necesita “ver”. Y seguramente el Señor responde de la misma manera que con Tomás, se muestra en frutos y consuelos. Cuanta necesidad tienen estos elegidos de encontrar en el camino alguien que les señale donde pueden encontrar y tocar al Resucitado. Con cuanto amor responderán a esta gracia, porque se reconocen fuertes en su debilidad. También dirán “Señor, mío y Dios mío”.



Y qué podemos ver en María Magdalena. La vocación valiente, la que sabe estar firme hasta el final. La que ama con locura, con pasión. La que busca constantemente al amado y llora porque no lo ve. María no ve al Resucitado porque está encogida en su propio llanto mirando el sepulcro vacío. Su angustia no la deja ver que ese mismo sepulcro vacío no es signo de muerte o de robo, sino signo de resurrección. Cuando se incorpora y logra oír su nombre se encuentra con el ser amado y buscado con tanto amor. Cuantas vocaciones lloran porque no logran ver en los signos contradictorios de la vida las señales del Resucitado, de Aquel que las llama por su nombre. Cuantas voces de la humanidad les cuestionan ¿dónde está el Maestro?

¿dónde lo has puesto? Tendrán que sentir sus nombres para comprender que no es sólo su Maestro sino el de todos, y que anunciándolo y entregándolo a los demás, lo tendrán siempre con ellas.

*-Les propongo entonces hacer el mismo ejercicio de vocacionalizar la Pascua tomando el evangelio de Jn 21, 1-23 y buscando en cada personaje un ejemplo de vocación y de crecimiento en la fe.
-Lo compartimos en comunidad.*

Toda vocación está llamada a tener firme la mirada en la meta de su vida, el Señor Resucitado. Nos dice P. Alberione:

“Ten siempre presente tu misión, como la estrella de tu camino, ideal de la vida, razón de tu existencia, objeto de la rendición de cuentas en el juicio particular. ¡Vive, piensa y trabaja para ella! Concentra todas tus fuerzas en lograrlo. No desparames en otras cosas inteligencia, tiempo, dinero, ingenio, corazón...no te dejes abatir por obstáculos, sacrificios o incomprensiones. Volviendo a la decisión que un día tomaste, después de oración, reflexión y consejo, te encontrarás a ti mismo reencontrarás coraje y fuerza para perseverar.” (P. Alberione, ACV, 23)

Bendiciones para todas y ¡Feliz tiempo Pascual!!

Hna. María de los Ángeles Seijo